

Sebastian Balfour

El Partido Popular a la búsqueda de un nuevo papel político

El tema de la estrategia del Partido Popular (PP) es de candente actualidad por la polarización que caracteriza las relaciones entre los partidos en España desde marzo de 2004. Es un tema complejo y difícil de descifrar por el relativo hermeticismo del partido. Prescindiendo del partido original Alianza Popular (AP), el PP ha hecho un largo viaje desde su (re)fundación en 1989. Podrían desmarcarse cuatro períodos en este viaje –como oposición entre 1989 y 1996, gobierno minoritario entre 1996 y 2000, gobierno mayoritario de 2000 a 2004, y oposición desde 2004– períodos en los cuales el PP ha demostrado un continuo reposicionamiento político. Los dos últimos años han marcado una intensificación de la polarización política entre el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y el PP. En esta ponencia voy a analizar sobre todo este último período porque suscita una serie de incógnitas, pero intentaré descubrir una lógica en la estrategia del partido que una o vincule estos cuatro períodos.

Mi perspectiva se sitúa hasta cierto punto dentro del cuadro analítico de la teoría de selección racional, asumiendo por descontado que la estrategia del PP, como la de otros partidos políticos de masa, obedece a la lógica de la búsqueda o mantenimiento del poder gubernamental y parlamentario. O sea que la estrategia política se construye racionalmente, según cálculos de aritmética parlamentaria y electoral, potenciación de oportunidades, explotación de espacios públicos y bases y clientes sociales, posicionamiento en relación con otros partidos, entre otras variables. Desde luego, la teoría de selección racional es bastante limitada como cuadro explicativo y hay que asumir la existencia de otras dinámicas en la formulación de la estrategia política, como por ejemplo la ideología por una parte y la influencia de las instituciones por otra. Intentaré en mis hipótesis hacer un balance entre estas diferentes variables. Por otra parte intentaré adoptar, aunque sólo sea some-

ramente, una perspectiva comparativa, contrastando el PP con el nuevo fenómeno del conservadurismo inglés de David Cameron e intentando calibrar la aparición de Nicolas Sarkozy en la convención reciente del partido.

Antes de abordar el análisis de la estrategia actual del PP, es menester resumir la trayectoria política del partido a lo largo de los tres primeros períodos desde su refundación. Primero, la conquista de la cohesión. Bajo la presidencia de Aznar a partir de 1989, el partido logró superar las divisiones que habían caracterizado los años ochenta, desmantelando el sistema de representación interna de élites construido por Fraga, y creando una organización presidencial altamente centralizada, jerarquizada y especializada (Chadel 2003). No sin grandes enfrentamientos, los líderes “caciquistas” locales y regionales y los aparatos provinciales del partido fueron integrándose dentro de la nueva línea de mando (Lagares 1999; Barrera 2002). No sólo el aparato del partido sino las diferentes familias ideológicas, desde demócratas cristianos, opusdeístas, neo-conservadores, hasta neo-liberales, han mantenido desde 1990 una cohesión externa, si no un consenso interno. Claro está que estas familias no están organizadas y una y otra se entrelazan a veces en el mismo individuo. Son más bien tendencias en torno a una serie de ideas y políticas que los actores escogen según las condiciones del momento.

Esta cohesión tiene varias raíces. La primera es el resultado de la experiencia de relativa marginación electoral de la derecha entre 1977 y 1993. La segunda es el modelo de partido centralizado impuesto por su equipo regeneracionista, liderado por Aznar, que eliminó cualquier disidencia y sobre todo cualquier debate abierto de diferencias. La ausencia de democracia interna se reveló claramente en la forma en que Rajoy fue designado sucesor de Aznar como candidato a presidente de Gobierno. Se hizo simplemente a través de una decisión de Aznar seguida por un congreso para ratificar la elección sin posibilidad de una candidatura alternativa. Este método se adoptó en las circunstancias especiales de 1989 cuando el partido afrontaba una crisis interna. Que se convirtiera en una norma refleja la concentración de poder en el vértice y la falta de presión desde la base por una mayor participación en la toma de decisiones.

Se puede argumentar que esta relativa ausencia de democracia interna (la práctica de los “mítines”, reuniones con los notables del partido,

tiene poco que ver con la organización democrática de un partido) es expresión de la persistencia de mentalidades autoritarias y no sólo de la necesidad de superar diferencias internas de estrategia o ideología. Coincide con una asimilación incompleta de las normas de democracia parlamentaria. Como veremos en el período desde 2004, las Cortes están concebidas por el PP preferentemente como plataforma de denuncia desde la oposición y foro de oportunidades mediáticas. De las 56 comisiones investigadoras que se pidieron en las Cortes durante los ocho años de poder del PP, sólo tres se constituyeron (y ninguna trató del desastre del petrolero *Prestige*). Las Cortes fueron marginadas también en la toma de decisiones substanciales, como la participación española en la ocupación de Irak. Es verdad que las normas constitucionales dan al presidente el poder de promulgar decretos bajo ciertas condiciones sin someterlos a las Cortes, y Felipe González lo aprovechó para evitar la obstrucción parlamentaria durante el período de la consolidación democrática. Pero en un contexto muy distinto, Aznar no tuvo reparos en utilizar este poder repetidamente a partir de 2000.

Fuera del partido, el PP creó o favoreció equipos bien financiados de relaciones públicas y formulación de políticas, como la FAES (financiado por poderosos intereses económicos y financieros), y supo alinear toda una red de medios e instituciones conservadores favorables a su política, como la organización empresarial CEOE, la red emisora de la Conferencia Episcopal, la COPE, la red digital Libertad Digital, y la Asociación de Víctimas del Terrorismo. Supo también crear intereses dentro del Estado, reforzando su poder a través de nombramientos partidistas, por ejemplo en el Consejo General del Poder Judicial, práctica no ajena a todos los partidos en el sur de Europa y en los Estados Unidos.

Sus logros en el poder, según sus propios criterios, fueron sobre todo macroeconómicos, supervisando la integración de España dentro de la Unión Monetaria y el cumplimiento de las condiciones del Pacto de Crecimiento y Estabilidad (Balfour 2005: 146). Entre 1989 y 2000, la política del PP se caracterizó por un pragmatismo político y una relativa coherencia ideológica, derivada de la necesidad de ganar las elecciones, construir apoyos parlamentarios y mantener el poder. En un discurso de abril de 1991, Aznar definió al PP como partido de centro (Aznar 1991: 12) y durante el gobierno de 1996-2000 cuando los sondeos parecían indicar una ventaja de casi 5 puntos para los socialistas,

el PP hizo un gran esfuerzo por situar al partido dentro de la tercera vía de Giddens y el centro reformista de Schröder, Blair and Clinton (Arenas, en: *La Vanguardia*, 14/04/1999).

Con respecto a su oferta electoral, el PP se posicionó al menos retóricamente en el centro político para atraer a nuevas generaciones conservadoras; en esto supo desmarcarse en gran medida de la herencia del franquismo, no sin dolor y enfrentamientos internos. Lo que nunca estuvo muy claro es lo que se entendía por centro político, y puede argumentarse que esta definición tenía que ver más bien con un posicionamiento electoral que con un programa político (Tusell 2000: 30–34).

La escasez de referencias al centro político después de la victoria electoral por mayoría en 2000 y la reaparición del término en el discurso del PP desde marzo de 2004 parecen confirmar esta hipótesis. En la convención del PP de marzo de 2006, el nuevo líder, Mariano Rajoy, definió el partido como de “centro progresista”, lo que podría atestiguar la conciencia perenne de al menos el vértice del partido de que había que ganar el centro electoral para recuperar el poder, conciencia que parece contradecir la política actual, según veremos más tarde.

Por otra parte, las tendencias derechistas del PP se expresaron durante su segundo mandato entre 2000 y 2004 sobre todo en su política con respecto a la inmigración, educación y la relación entre el centro y la periferia. Si por un lado se desarrolló el concepto habermasiano del patriotismo constitucional (Núñez Seixas en Balfour 2005) para afirmar un discurso moderno y progresista, por otra parte el partido reafirmó su interpretación tradicionalista de la historia de España. O sea que la mayoría absoluta que ganó el partido en 2000 permitió la elaboración de políticas más de derecha que de centro aunque continuó presentándose como partido *catch-all* (abarca-todo) (Tusell 2004).

En resumen, entre 1989 y 2004 el PP fue tan de derecha o de centro-derecha, a pesar de su autodefinición centrista, como permitía el electorado. Y fue ni más ni menos coherente que cualquier otro partido conservador en Europa. Es verdad que el margen de posibilidades en la formulación de políticas ha sido erosionado por la creciente internacionalización e interdependencia de la economía mundial y el crecimiento de instituciones supra-estatales como la UE, por lo que ha habido una convergencia en bastantes campos de política entre izquierda y derecha. Además el PP ha sido transformado por su contacto con el medio

ambiente político, como lo fue el PSOE en los últimos años de los setenta y los primeros de los ochenta. De modo que muchas políticas que el PP adoptó para fines electorales fueron asimilándose en la cultura del partido (Balfour 2005). Su superación de los problemas internos de la derecha de los ochenta puede verse como parte de la consolidación de la democracia en España con la estabilización de un sistema de partidos y concurrencia electoral semejante a las de las democracias de Europa occidental (Linz/Montero 2001).

Sin embargo podría argumentarse la existencia de continuidades ideológicas con el pasado franquista en algunos campos. Sobre todo con respecto al concepto de España. Aunque este tema ha sido objeto de otras ponencias (*cf*: las aportaciones de Núñez Seixas y de Mees en este tomo), añadiría lo siguiente: el pasado, en especial el concepto de lo que es la nación representa una debilidad en el discurso global del PP. Su reticencia a la hora de entender el pasado, el pasado de muchos de sus padres o abuelos, de asumir las conclusiones de los trabajos serios sobre el pasado, contradice sus intentos de actualizar su discurso político.

Me refiero no sólo a la Guerra Civil sino a cuestiones de candente actualidad como nación e identidad o los modelos históricos del conservadurismo español. La nación española y la identidad nacional se convirtieron en términos políticamente incorrectos no por la voracidad de los nacionalismos catalán y vasco, como sostienen los intelectuales orgánicos del PP (por ejemplo Eburne Uriarte 2003), sino porque la derecha no sometió el discurso españolista a revisión. Por eso no pudo ofrecer un proyecto nacional mínimamente inclusivo (Lacasta-Zabalza 1998: 334-9). O sea, fueron incapaces de limpiar su propio establo.

Por otra parte, el no haber confrontado el pasado está acompañado, en los sectores más derechistas de los conservadores, por una re-actualización del discurso franquista sobre la República y la Guerra Civil que forma parte integrante de la ofensiva política del PP contra las reformas contempladas por el gobierno de Zapatero, desde el concepto de que Franco salvó a España del comunismo y logró modernizarla hasta la idea de que la Guerra Civil fue una guerra fratricida fruto de un cainismo casi genético (*cf*: la aportación de Reig Tapia en este tomo). Forma parte también de una tendencia internacional, cuyo eje son los EE.UU., en que la derecha instrumentaliza las inseguridades creadas por la globalización y la crisis ideológica de la izquierda o centro-izquierda,

movilizando a viejos y nuevos sectores de la opinión pública en torno a una supuesta desintegración de un mundo mitificado e imaginado. Los blancos principales de estas inseguridades en otras latitudes han sido los islamistas radicales, los inmigrantes y los que piden asilo; en España son más bien los nacionalismos periféricos por un lado y la izquierda por otro que busca el encaje de estos nacionalismos dentro del Estado.

Muchos comentaristas pensamos que la victoria electoral del PSOE probablemente obligaría al PP a re-examinar su estrategia electoral para recrear las políticas más consensuadas del período de gobierno minoritario de 1996 a 2000. Nos equivocamos o al menos así parece en el momento actual. En la última parte de esta ponencia, intentaré analizar el porqué, delineando las características de la estrategia actual y sus posibles raíces. Mis hipótesis son necesariamente especulativas, abiertas a revisión según la dinámica de la política.

¿Cómo se caracteriza entonces la estrategia adoptada por el liderazgo del PP desde las elecciones de marzo de 2004? El PP ha buscado desacreditar o deslegitimar al gobierno del PSOE, sobre todo la presidencia de Zapatero. Más allá del acoso retórico, su principal utillaje ha sido la movilización populista de la derecha y de todos los medios y organizaciones de tendencia conservadora en torno a tres temas: terrorismo, nación, y moralidad. La estrategia se basa en la supuesta incapacidad y falta de preparación de Zapatero y sus ministros. En segundo lugar el PP insiste en la ilegalidad del resultado de marzo de 2004, ilegalidad no sólo porque el PSOE supuestamente instrumentalizó el atentado de Madrid del 11-M para fines electorales sino también porque se han ocultado indicios que podrían probar que ETA estuvo detrás del atentado, no como autores materiales sino como cerebro. En realidad esta afirmación no tiene ninguna base o evidencia después de dos años de investigación judicial y policial.

En tercer lugar, el PP mantuvo un discurso catastrofista sobre la desintegración de España en torno a la renegociación del Estatuto catalán. En realidad este discurso es una reedición de una vieja retórica de la derecha, por ejemplo de la CEDA durante la Segunda República, o la retórica que se desató a raíz del 98. El tono catastrofista tiene poco que ver con el problema real de encontrar los mecanismos para el encaje de las nacionalidades o naciones dentro del Estado, de encontrar un equilibrio entre devolución de competencias y cohesión social y económica a nivel del Estado.

En cuarto lugar y sobre todo, el PP mantiene un acoso contra el gobierno por su estrategia antiterrorista, tildada por el PP de blanda, de “traicionar a los muertos”, de revigorizar a ETA. Esta campaña se caracteriza por un populismo más allá del marco constitucional (por ejemplo la consulta popular sobre el Estatut), una forma de campaña electoral permanente (como escribió Ekaizer en *El País*, 5/03/06). Por otra parte, entre los utillajes retóricos de esta campaña está lo que podríamos llamar la inversión de papeles y de discurso: el uso, por ejemplo, del discurso tradicional de la izquierda para desprestigiar a la izquierda. O sea, el lenguaje, los argumentos, incluso los referentes morales o filosóficos utilizados por la izquierda para denunciar las distorsiones franquistas sobre el pasado se invierten en el revisionismo y se movilizan contra la izquierda (Balfour 2006).

También el PP invierte la retórica de la política actual al acusar al gobierno de lo que ha sido culpable el PP; por ejemplo romper la Ley de Partidos y el acuerdo por las libertades y contra el terrorismo de 2000 para instrumentalizar políticamente a las víctimas del terrorismo. O la recriminación de Acebes a Zapatero por no haber incluido al PP en las negociaciones sobre el Estatut (*El País*, 24/12/05). Más ejemplos podrían citarse. Me limito a la promesa que hizo Rajoy en la Convención de comienzos de marzo de “no enfrentar, sino reunir; no retrasar, sino avanzar; no crear problemas, sino resolverlos”. Desde luego, este tipo de inversión es bastante común internacionalmente y en el pasado, por ejemplo en Bosnia y Kosovo donde el agresor se convirtió en víctima.

Ahora bien, ¿cuáles podrían ser las raíces de la estrategia actual? No creo que ésta responda simplemente a una reedición aún más vehemente de su estrategia de acoso populista desde la oposición del período 1993-1996, cuando el gobierno de Felipe González estaba en minoría como lo está el gobierno actual de Zapatero. Son dos períodos muy diferentes. En 1993-6, el PSOE estaba al final de un largo ciclo de poder, sufría una serie de escándalos, y había perdido el apoyo de parte de su base electoral, lo que se había expresado en una creciente abstención. Desde luego, estar en minoría, como el gobierno de Zapatero, representa una cierta fragilidad.

Teniendo en cuenta los sondeos, una estrategia racional ahora implicaría el acercamiento del PP a los partidos regionales de centro, como CiU o PNV, que apoyan al gobierno en el parlamento. En cambio, el PP se ha aislado de los otros partidos y se encuentra solo. Peor, ha hecho

más difícil la posibilidad de un acuerdo poselectoral parlamentario para el apoyo de estos partidos regionales a un gobierno minoritario del PP (Pradera, en: *El País*, 12/07/06). La coalición que más apoyo podría aportar al PP, CiU, ha declarado a través del líder de Convergencia, Artur Mas, y el de Unió Democràtica, Durán Lleida, que no contemplarían apoyar al PP en ningún caso (o al menos Mas sostiene que no lo hará mientras el PP mantenga su política hacia Cataluña).

A pesar de unas declaraciones recientes de Rajoy en las que escenificó la posibilidad de un acercamiento entre el PP y CiU, parece difícil que el PP pueda cambiar su estrategia hacia Catalunya en un período tan corto antes de las próximas elecciones en 2008, sobre todo cuando Rajoy está aparentemente en minoría en la cúpula del partido en este tema (*El País*, 13/03/06). Compárese la disponibilidad pragmática hacia CiU del PP entre 1993 y 2000. De modo que parece que el PP confía en conseguir una mayoría absoluta en 2008 o en unas elecciones anticipadas. Bajo cualquier criterio racional, es una estrategia arriesgada.

¿Qué refleja entonces? Refleja en primer lugar un cálculo racional del potencial de deslegitimación del gobierno y de Zapatero en particular que podría desembocar o en elecciones anticipadas o elecciones en 2008 en las que el PP gana una amplia mayoría sin necesidad de apoyos parlamentarios. El punto de referencia para la estrategia del PP es el gobierno de Aznar de 2000-4 cuando pudo legislar sin tener que buscar el apoyo parlamentario de otros partidos. Es posible que la cúpula piense que había muchos votantes del PP que se abstuvieron en las elecciones de 2004 o que la izquierda supo aprovechar una coyuntura política especial que no se repetirá; o sea que hay una base conservadora mucho más amplia que la que reflejan los sondeos o los resultados de las elecciones de 2004, apoyo que podría conquistarse a través de una política de nacionalismo y moralidad conservadora. Es una estrategia más afín a la del ala derecha del partido conservador de Inglaterra liderado por Lord Tebbit que al ala moderada de Cameron, para quien el partido conservador tiene que movilizar el voto del centro –jóvenes, profesionales de clase media, y el voto femenino (*The Economist*, 4/10/06).

Esto podría explicar la mayor identificación del PP a nivel europeo con Sarkozy que con conservadores de centro-derecha como Cameron. Por cierto, la presencia de Nicolas Sarkozy en la Convención del PP puede leerse bajo dos ópticas relacionadas. La primera trata de una

mayor concordancia ideológica que con Cameron. Sarkozy se ha identificado con la mano dura en política de seguridad, orden e inmigración, lo que rechaza Cameron. Sarkozy es un político sumamente populista, lo que no puede decirse de Cameron. Se ha alineado más que Cameron con el eje transatlántico (aunque era *de rigueur* en Francia no apoyar la guerra de Irak y así se opuso a ella). La segunda óptica es mucho más importante. Sarkozy va a la conquista de las presidenciales en Francia en 2007, un año antes de las elecciones generales en España. Para el PP tal vez, es un modelo de estrategia electoral a seguir porque ha sabido movilizar a la opinión pública en Francia a través de muchos medios simpáticos. El ritmo electoral que ha cogido y que puede llevarle al poder, podría ser contagioso a favor del PP.

La estrategia adoptada por el PP puede que refleje, en segundo lugar, el cálculo de la rentabilidad electoral que podría tener el alto el fuego de ETA para el PSOE y la necesidad consiguiente de desacreditar la política antiterrorista del gobierno de antemano, sobre todo a través de la movilización de la AVT, con la acusación de ceder ante el terrorismo. Y después del alto el fuego, partiendo de la misma base, cohibir cualquier acuerdo sobre la base de que se trata de una concesión al terrorismo. Bajo esta óptica puede interpretarse el aparente consenso entre Zapatero y Rajoy cuando se anunció el alto el fuego en marzo. El PP necesitaba aparecer en la foto y no presentarse como obstáculo a la paz. Pero en la conferencia de prensa inmediatamente después, Rajoy impuso unas líneas rojas para su colaboración con Zapatero, exigiendo como condición que no debía de haber ninguna concesión o contrapartida a las reivindicaciones del nacionalismo radical vasco. La negociación de la paz necesariamente implica concesiones, como demuestra el caso de Irlanda del Norte, dejando abiertas múltiples oportunidades para el PP de volver a cargar contra el gobierno de Zapatero.

En tercer lugar, puede que la estrategia refleje la dificultad de elaboración de una nueva política a causa de la jerarquización del partido, sobre todo cuando el liderazgo es el mismo que perdió las elecciones (incluida la *eminence grise* Aznar), cuya legitimidad depende de la defensa o justificación del manejo de los ataques terroristas del 11 de marzo (en particular Acebes). O sea que uno de los motivos de la estrategia populista es la convicción del vértice de que los resultados de las elecciones de 2004 no fueron plenamente legítimos, por lo que el PP no necesita seguir los protocolos normales de la democracia. La continua-

ción en el vértice del mismo liderazgo contrasta con la norma de muchos partidos en Europa, incluidos los conservadores británicos, de elegir un nuevo equipo cuando pierden las elecciones.

Este centralismo, concebido a finales de los años ochenta para unir las diferentes familias y facciones conservadoras, tiene como resultado que el partido es poco permeable a la disidencia y renovación. El único desacuerdo parece surgir de los nuevos “barones regionales”, que están emergiendo, como los del partido federal del PSOE, en torno a las instituciones de las Autonomías, aprovechando los enormes recursos procedentes de la devolución fiscal y de los fondos europeos. Este proceso ha dado lugar a un semi-federalismo competitivo basado en agravios comparativos, reforzados por la intensificación de nuevas identidades regionales. Las mayores tensiones dentro del PP derivan de las presiones bajo las cuales tienen que actuar estos barones regionales. Así que cualquier disidencia dentro del partido emana del poder regional. No es casualidad que las voces más independientes del PP sean Núñez Feijóo, Ruiz-Gallardón, y Matas, de los cuales la más disidente es Ruiz-Gallardón, que abogó por la moderación en la Convención reciente del PP, y en una entrevista en *ABC*, 17/03/06 confiesa que desearía estar en la nueva dirección del partido en 2007, un llamamiento implícito por un cambio de estrategia por parte del PP antes de las próximas elecciones.¹ Nótese también la diferencia de reacción a la noticia del alto el fuego entre el vértice y los barones. Rajoy, Acebes y Zaplana la recibieron con escepticismo y frialdad mientras Ruiz-Gallardón y Matas la celebraron (según Matas era una “magnífica noticia”, “gran oportunidad”, un “gran día” (*El País*, 23/03/06). Es más, la crítica desde la base procede sobre todo de la periferia. Un concejal de Barakaldo en Vizcaya declaró recientemente, “Yo creo que si alguien está intentando reconducir y atemperar la situación, esos somos los concejales de base” (*El País*, 24/07/06).

¿Cuáles son los problemas que la estrategia actual del PP puede acarrear?

Primero, una campaña electoral permanente tiene el riesgo de perder novedad, de desgaste de iniciativa, de pérdida de renovación en la

¹ Desde fuera del partido, el ex-presidente del PP Hernández Mancha ha contribuido a la crítica actual del liderazgo. Véase su artículo en *El País*, 22/06/06.

oferta del PP para el electorado indeciso, de carencia incluso de aliento entre los incondicionales. Es en torno al Estatut que el PP pudo brevemente igualar al PSOE en intención de voto en los sondeos de opinión, ventaja que el PP ha perdido ya. Pero el Estatut, que se modificó profundamente con la revisión de sus cláusulas supuestamente anticonstitucionales, pierde intensidad como foco de polarización después de su paso por el congreso, el Parlament y el referéndum en Catalunya.

Otra contradicción potencial de la estrategia populista del PP es que podría animar a votantes de izquierda desilusionados con el PSOE de votar como votaron en marzo del 2004 en grandes números movilizando el voto útil para impedir una victoria del PP (Josep Ramoneda: “Desacralizar”, en: *El País*, 12/01/06). Además, el cuestionamiento por el PP de la investigación judicial del atentado del 11M (y la sugerencia de que en el fondo era una conspiración de ETA realizada con la complicidad de los socialistas) tiene pocas posibilidades de apoyo popular porque no se basa en ningún indicio y puede parecer al público más bien fruto de un oportunismo defensivo por parte de los responsables de la seguridad en esos días. Es más, después del alto el fuego de ETA, el PP necesita hacer malabarismos entre apoyar e inhibir el proceso de paz, inhibir porque el PSOE va a beneficiarse enormemente de esta paz a coste del PP si se consigue.

Otro problema es que cualquier acercamiento a CiU, como he sugerido, está obstaculizado no sólo por la estrategia del liderazgo del PP sino también por su campaña de movilización del PP contra el nacionalismo catalán durante el debate en torno al Estatut. Peor, el PP ha sido flanqueado o aventajado por el gobierno de Zapatero en su búsqueda del apoyo de CiU para un Estatut enmendado, lo que podría acarrear para el gobierno actual una mayoría parlamentaria de una configuración distinta, bloqueando cualquier acuerdo viable entre el PP y CiU (véanse las declaraciones de Mas en *El País*, 24/01/06).

Sin embargo, el problema más agudo es que una política de polarización como la que sigue el PP no es precisamente la más apropiada para atraer el voto del centro. Descontando el voto españolista que podría abarcar parte del centro e incluso a algunos ex votantes socialistas, y descontando el voto de nuevas generaciones y capas sociales que podrían situarse más a la derecha (como las que Berlusconi ha podido atraer), existe un centro electoral que no se puede menospreciar si se quiere ganar el poder.

En definitiva, mi tesis es que la búsqueda de poder del PP según criterios de selección racional está siendo distorsionada por tres factores que enlazan los períodos desde 1989 que he señalado. El primero es la asimilación incompleta por parte del PP de las normas de democracia parlamentaria. El segundo es el no haber internalizado su discurso de centro, sobre todo el no haber re-conceptualizado su noción de España más acorde con las realidades sociales e identitarias del presente, y el no haber confrontado su propio pasado para eliminar culturas y mentalidades neo-franquistas. El tercer problema está vinculado a los dos otros factores: la falta de democracia interna imprescindible para la elaboración de nuevas estrategias según las necesidades políticas, lo que ha acarreado la prolongada hegemonía interna del liderazgo del último gobierno del PP, cuya estrategia está basada en la defensa y la proyección hacia el futuro del gobierno de 2000-2004.

Sin embargo, está surgiendo de forma muy discreta una oposición interna a este liderazgo, como he sugerido, no tanto en el interior del partido sino más bien desde las instituciones autonómicas controladas por el PP o desde los líderes regionales del partido. Es un liderazgo de reemplazo del vértice actual. Promete la posibilidad de una nueva estrategia y un nuevo papel para el PP. Pero difícilmente puede emerger antes de las elecciones de 2008 y sólo si pierde otra vez el PP, como parece cada vez más probable.

Bibliografía

- AZNAR, José María (1991): *El partido del centro*. Conferencia del presidente del Partido Popular en el Club Siglo XXI. Madrid, 25 de abril de 1991. Madrid.
- BALFOUR, Sebastian (2005): "The Reinvention of Spanish conservatism: the Popular Party since 1989", en: Balfour, Sebastian (ed.): *The Politics of Contemporary Spain*. London, pp. 146-168.
- (2006): "El revisionismo histórico y la Guerra Civil", en: *Pasajes*, núm. 19.
- BARRERA, Carlos (2002): *Historia del proceso democrático en España. Tardofranquismo, transición y democracia*. Madrid
- CHADEL, Frédérique (2003): "Penser le changement dans les partis politiques. Le processus d'institutionnalisation au Partido Popular", en: *BCN Political Sciences Debates*, 2, pp. 75-122.
- LACASTA-ZABALZA, José Ignacio (1998): *España uniforme*. Pamplona.

- LAGARES, Nieves (1999): *El PP de Galicia*. Madrid.
- LINZ, Juan J./MONTERO, José Ramón (2001): “The Party Systems of Spain. Old Cleavages and New Challenges”, en: Karvonen, Lauri/Kuhnle, Stein (eds.): *Party Systems and Voter Alignments Revisited*. London, pp. 150-196.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xose Manoel (2005): “From National-Catholic nostalgia to constitutional patriotism: conservative Spanish nationalism since the early 1990s”, en: Balfour, Sebastian (ed.): *The Politics of Contemporary Spain*. London, pp. 121-145.
- TUSELL, Javier (ed.) (2000): *El gobierno de Aznar. Balance de una gestión, 1996-2000*. Barcelona.
- (2004): *El Aznarato. El gobierno del Partido Popular 1996-2003*. Madrid.
- URIARTE, Edurne (2003): *España, patriotismo y nación*. Madrid.